



## CUEVAS

La cueva, primer hábitat de la humanidad, vuelve a fascinar a los europeos, sobre todo a cineastas y jueces

VISITÉ por primera vez las cuevas de Santimamiñe, en las cercanías de Guernica, durante una excursión escolar de hace más de cincuenta años. Todavía se hallaban en fase de excavación. Fue nuestro guía un señor casi tan bajito como nosotros, niños de primaria por entonces. Vestía un mono azul y se cubría el cráneo pelón con una boina de ala ancha. Era, lo supimos mucho después, el sacerdote guipuzcoano don José Miguel de Barandiarán, uno de los más grandes prehistoriadores del pasado siglo.

A la luz de una lámpara de carburo que sostenía don José Miguel atisbamos las imágenes pintadas (el caballito y los bisontes) como las vieron sus autores del Paleolítico, sin parafernalia eléctrica. Lo recuerdo como una de las experiencias estéticas más intensas de mi vida, del tipo de las que se prodiga *ad libitum* mi amigo Félix de Azúa, flamante Premio González Ruano de Periodismo, contemplando los caballos de Lascaux.

Y es que las cuevas, sobre todo las cuevas con pinturas rupestres, nos remueven un poso emocional muy arcaico, no en vano la humanidad ha pasado la mayor parte de su existencia en el planeta tuneando grutas kársticas para acomodar a la familia. No es imposible que volvamos en breve a tan sana costumbre, al menos en Europa. Aho-

ra parece que han descubierto que las pinturas de Altamira y de otras cuevas cántabras son muy anteriores a lo que se suponía, y hay quien supone que las más antiguas pudieron ser obra de neandertales.

El caso es que Werner Herzog acaba de estrenar, el viernes, un documental rodado en la cueva francesa de Chauvet, que promete ser el gran acontecimiento cultural de la temporada. Tan conmovido quedó el cineasta alemán ante las pinturas de la cueva que las ha definido como un «regalo de Dios», añadiendo que «lo único que podemos hacer es postrarnos de rodillas y agradecerse a la Providencia».

No muy distinta fue, según *El País* del jueves, la reacción de don Carlos Dívar ante el espectáculo sin pinturas de las cuevas cántabras de El Soplao, que visitó de gorra el 24 de julio de 2010. El entonces director de la instalación turística de las mismas, don Fermín Unzué, asegura que el presidente del Tribunal Supremo escribió en el libro de visitas que estaba «maravillado por la gran creación de Dios», expresión que en la entradilla del artículo que recoge y glosa la anécdota se convierte en «maravillado por la gran obra de Dios», lo que si no es insidiosamente subliminal, venga el Aludido y lo vea.

Por si fuera poco, *The Guardian* acaba de publicar un artículo de un inglés que, aprovechando que nosotros estamos de bajón y ellos de jubileo, la emprende contra la excepcionalidad del yacimiento de Atapuerca. O sea, que las cuevas se han puesto de moda esta semana, coincidiendo con las últimas turbulencias de nuestra prima de riesgo y las elecciones griegas.

A mí, lo de regresar a las espeluncas de donde, según Félix de Azúa, nunca debimos haber salido, no me disgustaría, e incluso haría feliz a algún bloguero pelma e izquierdo que se gana un plus explotando aquello tan original de la prensa de la caverna. Como soluciones habitacionales, las cuevas resultan más baratas, espaciosas y climatizadas que las que promovió el zapaterismo. Lo malo es que tampoco habrá para todos y todas.